RECETA CONTRA LAS SUEGRAS,

COMEDIA ORIGINAL EN UN ACTO.

POR

DON MANUEL JUAN DIANA, 1814-1881

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe el dia 21 de Diciembre de 1862

TERCERA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1867.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOLORES	Doña Adela Alvarez.
MARIANA	Doña Trinidad Sabater.
DOÑA LEONCIA	Doña Emilia Dansan.
RAFAEL	Don Manuel Catalina.
FEDERICO	Don Manuel Pastrana.
DON CLETO	Don Mariano Fernandez.
JUAN	Don Telesforo Garralon.

La escena es en Toledo, 1862.

ACTO ÚNICO.

Sala amueblada con elegancia en casa de Doña Leoncia.—Puertas laterales y en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

FEDERICO, MARIANA, DOLORES, DOÑA LEONCIA, D. CLETO.—Aparecen sentados por el órden que se les nombra: FEDERICO escribe en un libro: Don CLETO lee un periódico: las mujeres leen, cosen ó bordan.

DOL. ¿Cómo llevas la cuenta, Federico?

FED. Muy bien, mamá; la estoy concluyendo.

LEONC. Poquito á poco; en materia de cuentas hay qüe tener siempre presente aquel refran que dice: vísteme despacio, que tengo prisa.

FED. Tiene usted razon, abuelita.

DOL. Ya se vé que sí.

FED. (Ap. á Mariana.) (¿Iremos esta tarde á dar un paseito, Mariana?

MAR. ¿Pasearemos esta tarde, mamá? (Á Dolores.)

DOL. ¿Saldremos esta tarde, mamita? (Á Doña Leoncia.)

LEONC. (Á Dolores.) Está mala la tarde.

DOL. (Á Mariana.) Hace mal tiempo.

MAR. (Á Federico.) Está para llover.

FED. (¡No se vé una nube!)

MAR. (¡Federico!)

FED. (¡Cómo ha de ser! ¡un marido entre una suegra y una contrasuegra, no tiene voluntad propia! ¡hasta que un dia!...)

MAR. (Calla, Federico.)

FED. (¿Todavia mas?) Vaya, querida mamá; ya está corriente la entrada: cuarenta fanegas de trigo, ochenta de garbanzos, etc., etc. (Continúa sentado y con la pluma en la mano toda la escena.)

DOL. Repásala bien.

FED. (Ap. á Mariana. (¡Si vieras qué bonita es la ópera de esta noche!)

MAR. (Sí; *Norma*, es preciosa.) Mamá, *Norma* esta noche.

DOL. (Á Doña Leoncia.) Mamita, ¿se acuerda usted de *Norma*? pues, esta noche...

LEONC. (Á Dolores.) ¡Es tan pesada!...

DOL. (Á Mariana.) Es insulsa.

MAR. (Á Federico.) Es detestable.

FED. (Revolcaron á Bellini.)

CLETO. (Dejando de leer) ¿Y hay quien sufra tantas injusticias?

LEONC. ¿Qué es eso, señor don Cleto?

CLETO. Que la sociedad se desmorona, que se acerca el juicio final, que ese gobierno!...

LEONC. ¡Jesus!

CLETO. ¡Otro vocal del Consejo de Sanidad del reino: un compañero mio: sé los puntos que calza, es un bolonio!

LEONC. ¡Paciencia, amigo mio!

DOL. No tome usted las cosas tan á pecho.

CLETO. Falta la resignacion, señora, para sufrir tantos disparates; para ver medrar la ignorancia á la sombra del favor, de la intriga, de los amaños. ¡Qué gobierno!

LEONC. ¿Por qué no pretende usted?

CLETO. ¿Por qué no pretendo? abandoné la córte, señora, despues de repetidos desengaños, y busco en vano en un rincon de provincia el reposo y la tranquilidad que me hacen falta.

FED. Y los periódicos le traen á usted un berrinche en cada línea; sin embargo, no hay que dejar las cosas de la mano, don Cleto.

CLETO. Tiempo perdido. Nadie toma en cuenta que tres varones insignes de mi noble familia, vieron coronado su mérito siendo vocales del Consejo de Sanidad: mi visabuelo, mi abuelo y mi padre.

LEONC. Que en santa gloria...

DOL. ¡Amen!
MAR. ¡Amen! (Á un tiempo.)
FED. ¡Amen!

CLETO. Para mí se cierran únicamente las puertas de ese templo!

DOL. Amigo mio, voy creyendo que las ideas fijas...

FED. Trastornan el juicio.

LEONC. Y un filósofo como usted...

DOL. Debiera reirse de las vanidades de este mundo.

LEONC. Debiera estar siempre gozoso y satisfecho por la gloria que le proporciona el bien que derrama en las familias. En cuanto á mí, á los pocos dias de haber aparecido usted en esta casa, me encontré como nueva; ese jarabe, amigo mio, que yo llamaré milagroso, único específico para alargar la vida, es invencion que honra á usted, y que debiera abrirle de par en par las puertas del Consejo de Sanidad, término de su gloriosa carrera.

CLETO. Señora...

LEONC. Por usted, no me cansaré de repetirlo, veo trascurrir los últimos años de mi existencia, halagada con las caricias de una hija idolatrada, y de unos nietos no menos amados.

FED. Gracias, abuelita.

MAR. (¡Federico!)

FED. (Si le doy las gracias.)

MAR. (¡Pero con un retintin!...)

LEONC. Cuando Dios nos lleve á todos á su divina presencia...

FED. (Otro será el que á mí me lleve.)

MAR. (¡Siempre estás murmurando!)

FED. (Pero, mujer, si todo lo que pido...)

MAR. (Aprension tuya.)

FED. (¿Sí? pues ahora lo verás; tú que tanto deseas aprender á montar á caballo... formula la peticion, yo tambien lo deseo: anda, anda.)

MAR. Mamá, ayer pasaron á caballo las hijas del gobernador; ya saben montar: ¡qué guapas iban! si tú quisieras...

DOL. Mamita, los chicos desean aprender equitacion; una tonteria, por supuesto; pero si tú quieres...

LEONC. ¿Caballitos, eh? para que un dia se apeen por las orejas.

FED. (Ya vuelve la pelota dando vueltas.)

DOL. Hija, los caballos ofrecen sus peligros; suelen desbocarse.

MAR. (Afligida.) Federico, los caballos suelen tirar coces.

FED. ¡Oh! yo lo creo. (Y las suegras tambien.)

LEONC. Pero, hijos mios, se nos pasa el tiempo sin rezar el rosario. Al oratorio, al oratorio, niños. Señor don Cleto... (Se levantan, menos Federico.)

CLETO. Mi brazo, señora... (Ofreciéndole el brazo, en que se apoya Doña Leoncia) (¡Qué gobierno! ¡qué gobierno!)

DOL. Federico...

MAR. Vamos.

FED. Sí, sí; pero esta cuenta...

LEONC. Pues ¿no decias que estaba?

FED. Sí, señora; pero hay aquí una diferencia... al instante, al instante iré.

LEONC. Te esperamos.

FED. Sí, señora. (Sentados.)

ESCENA II.

FEDERICO, MARIANA.

MAR. ¡Qué cosas tienes!

FED. Déjame. (Se levanta.)

MAR. ¿Te enfadas?

FED. No, hija mia.

MAR. Ya ves, ibamos á rezar.

FED. Los hombres rezamos solos.

MAR. El caso es que siempre estás disgustado.

FED. No puedo menos; ¿me he casado yo para esto? llevamos un mes que se pasó rezando el rosario y acostándonos á las nueve.

MAR. Ya ves, mamá...

FED. Sí, mamá; y la abuelita, que es otra mamá.

MAR. ¿Qué he de hacer?

FED. Otros infelices se casan, y si tienen la... desgracia de tener suegra, tienen una; pero yo tengo dos... ¡Por las llagas de Cristo!

MAR. Pero ¿qué te pasa?

FED. No tengo libertad para nada; que si entro, que si salgo, si duermo, si canto, si bailo; todo ha de pasar por el tamiz de las dos suegras. ¿Sabes lo que haria yo ahora

para hacer mi gusto? Saldriamos los dos juntitos, nos iriamos al campo, á un bosque solitario, y allí saltariamos, correriamos, gritariamos... yo quiero saltar por los bosques con mi mujer. ¿Para qué se casa uno, señor?

MAR. Pues, deja, que una mañanita nos hemos de levantar muy temprano y nos iremos hasta aquella fuentecita, ¿te acuerdas?

FED. No.

MAR. ¡Cómo! y fué donde nos conocimos.

FED. Es que conocí al propio tiempo y en el mismo sitio á la abuelita.

MAR. ¡Qué tema! Pues antes de casarnos, bien te hacian gracia sus dichos, y te reias.

FED. ¡Cómo cambian los tiempos! ahora lloro.

MAR. Lo mismo es ahora que antes.

FED. No lo creas; entonces escondia las uñas.

MAR. Te pones fastidioso.

FED. Veamos, veamos tu proyecto de levantarnos temprano.

MAR. Nos iremos por el campo adelante, lo menos una hora, correremos, beberemos agua en la fuentecita.

FED. ¡Bien! ¡bien!

MAR. Y luego daremos la vuelta á casa.

FED. ¡Mal! ¡mal!

MAR. ¡Quita allá!

FED. Anda, anda: te estarán esperando, y si te echan de menos, habrá sermon ademas de rosario.

MAR. Adios, Federico.

FED. Un beso de mi parte á la abuelita.

MAR. ¡Dále! (Váse.)

ESCENA III.

FEDERICO, poco despues JUAN y RAFAEL.

FED. Es una criatura, un ángel: ¿cómo rompe esta pobre niña con su mamá, con su abuelita? si no fuera por esa justa consideracion....

JUAN. (Á la puerta del fondo anunciando.) El señor don Rafael de Cárdenas.

FED. ¡Qué!

JUAN. Aquí está. (Se retira.)

RAFAEL. (Á la puerta.) ¡Federico!

FED. ¡Rafael!

RAFAEL. ¡Cuánto deseaba!...

FED. ¡Amigo mio! ¿tú en Toledo?

RAFAEL. Si, querido; acabo de saltar del tren.

FED. ¡Tres años sin vernos! ¡sin saber el uno del otro!

RAFAEL. Por eso al acordarme de tí quise abrazarte por la última vez.

FED. ¡Por la última vez!

RAFAEL. Si, Federico; sí, ¡soy muy desgraciado!

FED. ¡Desgraciado! ¡Ah! sí, recuerdo: vivias con tu suegra.

RAFAEL. Mi suegra murió, Federico.

FED. ¡Pobrecilla! ¿y te llamas desgraciado? ¿y tu mujer, cómo sigue?

RAFAEL. ¡Murió tambien!

FED. ¡Ah! comprendo ahora tu desgracia.

RAFAEL. ¡Ay! Federico, ese dolor está ya cicatrizado, despues de tres años.

FED. ¡Cicatrizado! ¿no eras feliz en el matrimonio?

RAFAEL. Mucho; nos amábamos con delirio; pero el diablo... porque vivia con nosotros.

FED. ¡El diablo! ¡Ah! sí, la suegra, es igual.

RAFAEL. Envenenaba nuestros placeres. Chico, si te casas...

FED. Me casé hace un mes.

RAFAEL. ¿Y la tienes?

FED. ¡Tengo dos!

RAFAEL. (Asustado.) ¡Cómo! ¿se puede tener dos?

FED. La madre y la abuela de mi mujer.

RAFAEL. Haz cuenta que te has tragado dos bolas de arsénico y estás esperando el estallido.

FED. La una me echa el lazo: la otra, me le aprieta.

RAFAEL. Sí, sí, las conozco teórica y prácticamente, y pudiera escribir un libro en folio sobre la enfermedad suegra, en sus diferentes grados de peligro. Verás: suegra á cien leguas del matrimonio, tercer grado; suegra avecindada en la misma poblacion que los consortes,

segundo grado; suegra que habita la misma casa, el mismo cuarto que las víctimas, primer grado, suegra de primer órden, caiman que acaba por devorar la presa.

FED. ¡Ah! ¿conque segun eso el mejor remedio contra las suegras, es hacer que las de primer órden pasen á segundo?

RAFAEL. Y las de segundo, á tercero.

FED. ¿Y no las hay de cuarto?

RAFAEL. Sí, hombre; cuando cierran [redacted]; pero eso es pedir gollerias.

FED. Pues, chico, las mias son de primer órden, y amen de todas sus impertinencias, me hacen llevar las cuentas, entenderme con los arrendadores.

RAFAEL. Te tendrán frito.

FED. Y asado, y mechado.

RAFAEL. ¿Por qué no te rebelas?

FED. ¡Pues, con el genio de la abuelita! se moriria de un berrinche, me aborreceria mi mujer y me llamarian ¡mata suegras, mata suegras!

RAFAEL. Y efectivamente, ahora voy notando que huele á suegra. (Olfateando.)

FED. Un olorcito como el de azufre, ¿no?

RAFAEL. Pues, como si hubiera caido un rayo.

FED. Chico, ¡qué eterna contradiccion!

RAFAEL. En boca de una suegra, ni el mar tiene agua, ni el sol alumbra, ni las mujeres derrochan, ni los diputados medran. ¡Oh! lo he jurado por la salvacion de mis padres: no viviré con otra bajo el mismo techo.

FED. ¿Piensas casarte?

RAFAEL. Has metido la mano en mi llaga.

FED. ¿De veras?

RAFAEL. ¿No te lo dije? ¡soy el mas desgraciado de los hombres!

FED. Pero ¿por qué?

RAFAEL. Estoy enamorado.

FED. ¡Bah! ¿y de quién?

RAFAEL. Lo ignoro.

FED. ¡Tan estrafalario como siempre!

RAFAEL. Llámame como quieras; estrafalario, y tambien loco! porque creo que estoy loco.

FED. Cuéntame, cuéntame!

RAFAEL. ¡Hace un año! ¡un año que la ví! ¡viajaba por Francia, dieron veinte minutos para comer en una estacion del ferrocarril, mesa redonda: me senté frente á frente de una... deidad: ¿crees que comí? no hacia mas que contemplarla, ella me miraba tambien de cuando en cuando y se ponia de mil colores. ¡Maldito inglés!

FED. ¡Un inglés!

RAFAEL. Sí, él tuvo la culpa.

FED. ¿De qué?

RAFAEL. Habia un inglés á su lado: sirvieron un plato de alcachofas rellenas; al llegar á él no quedaba mas que una: entre españoles, las damas lo primero, pero los extranjeros no entienden de melindres. Iba ya á clavarle el tenedor para engullírsela, cuando yo con el mio, la pincho y se la alargo á mi desconocida.

FED. ¡Bravo!

RAFAEL. Ella la toma.

FED. Es decir, se la toma. (Demostracion de comer.)

RAFAEL. ¡Sonriendo con una gracia! pero el inglés me miraba con rabia y apretaba los puños; al levantarnos de la mesa, nos apartamos á un lado, y á las pocas palabras anduvimos á puñetazos: ¡ay de mí! se echaron sobre nosotros dos gendarmes y no hubo remedio, partió el tren sin que la volviese á ver! Desde entonces, recorrí como un loco todas las ciudades de Francia! Dos meses despues, iba yo en un tren hácia acá, no hácia allá; venia otro hacia acá, ambos muy despacito, cuando me la veo en la ventanilla de enfrente: ¡señora! ¡señora! grité como un loco; pero los trenes salieron como el rayo y me quedé otra vez á oscuras.

FED. ¡Pobre Rafael!

RAFAEL. Comprende mi desesperacion.

FED. Siendo tan impresionable, tan terco.

RAFAEL. Aquella mujer es mi idea fija, su imágen me persigue á todas partes?

FED. ¡Rafael! ¡Rafael! siempre he dicho que has de parar en una jaula: esas impresiones, esos arrebatos...

RAFAEL. Adios, Federico, adios. (Le abraza de pronto.)

FED. ¡Cómo! no saldrás de mi casa mientras permanezcas en Toledo; aquí tienes cuarto, familia; conocerás á mi mujer; voy á prevenirla; pero no, ¡tendrias que conocer tambien á mis dos suegras!

RAFAEL. No, no; huyo de la sociedad, del trato humano.

FED. Nada, nada; espera unos minutos. (Váse por la izquierda.)

ESCENA IV.

RAFAEL.

¡Ya me pesa haber venido á verle; amo la soledad, la agreste soledad de las montañas. Sí, sí; en cuanto pierda la esperanza de encontrarla, los picos mas altos de Guadarrama ó de Sierra-morena van á ser mi guarida. (Reparando en unos retratos de fotografía que habrá colgados en la pared. Descuelga uno.) ¡Qué miro! ¿no es ella? ¡ella es! ¡ella es! (Cae de rodillas quedando de espaldas á Dolores, que saldrá á su tiempo.) ¡Hermosa aparicion! ¡hechizo de mi alma.

ESCENA V.

RAFAEL, DOLORES.

DOL. (Saliendo por la puerta del fondo.) ¡Un hombre arrodillado! caballero...

RAFAEL. ¡Ah! (Se vuelve y queda arrodillado delante de ella.)

DOL. ¿Podré saber?...

RAFAEL. ¡Oh! sí, sí, estaba arrodillado, arrodillado delante de usted, de su divina imágen. (Se levanta.)

DOL. ¿Estará loco?

RAFAEL. Loco de amor, mi bella desconocida.

DOL. (¡Ah!) (Como recordando.)

RAFAEL. ¡Loco por usted, por sus divinos ojos!

DOL. Caballero, no tengo el honor...

RAFAEL. ¿De conocerme? ¿no quedaron mis facciones grabadas en su alma, como las de usted en la mia? ¡soy muy

desgraciado!

DOL. No recuerdo...

RAFAEL. Era en Francia; hace un año, en una estacion del ferrocarril.

DOL. No sé.

RAFAEL. ¡Un inglés, señora! ¿se acuerda usted de aquel inglés rechoncho y mofletudo que iba con su tenedor?...

DOL. ¿Un inglés que iba con su tenedor?

RAFAEL. Cuando yo con el mio ¡zás!

DOL. ¿Al inglés?

RAFAEL. ¡Ah! ¡no se acuerda! soy aquel caballero, el caballero de la alcachofa.

DOL. ¡El caballero de la alcachofa! será un título de familia; como quien dice: el caballero del cisne, el caballero de la tabla redonda.

RAFAEL. No, no; el inglés queria con sus manos lavadas arrebatar la alcachofa, y yo...

DOL. ¡Ah! sí, sí.

RAFAEL. Entonces usted, con una mirada... de que tiene que dar cuenta á Dios, señora, porque con ella arrebató usted un corazon.

DOL. Y una alcachofa.

RAFAEL. ¡Ah! ¿se burla usted? ¡cuán desgraciado soy!

DOL. No, señor, no me burlo; pero esos arranques provocan mi risa.

RAFAEL. Ríase usted de mi dolor, de mi tormento.

DOL. Y ¿á qué debemos el honor de recibir á usted?

RAFAEL. Federico y yo somos amigos de la infancia. (De pronto.) ¡Señora! (Con un grito.)

DOL. ¡Ah! ¡qué susto!

RAFAEL. Me asalta una idea, una idea terrible; ¿seria usted su esposa?

DOL. No, no.

RAFAEL. ¡Vuelva la alegria á mi corazon! (Se guarda el retrato. En todas las escenas en que toma parte Rafael, le saca, le besa y se lo vuelve á aguardar. Queda á merced del actor el hacerlo cuando lo crea mas oportuno.)

DOL. (¡Qué original!)

RAFAEL. En ese caso, estoy seguro de que Federico será mi paño de lágrimas, mi intercesor, porque él sabe mis bellas cualidades.

DOL. Basta que usted lo diga.

RAFAEL. Mis rectos y santos pensamientos respecto al objeto de mi amor, porque él sabe que la amo á usted con delirio, señora.

DOL. Tambien sabe, que aunque el estado de viudez me permite...

RAFAEL. ¡Es viuda!

DOL. No acostumbro á recibir á quien no tengo el honor de conocer. (Váse por la derecha.)

ESCENA VI.

RAFAEL, FEDERICO, sale por la izquierda.

RAFAEL. ¡Ah! pero no olvide usted que la idolatro, que la adoro.

FED. ¡Cómo! ¿adoras á mi suegra?

RAFAEL. ¡Tu suegra!

FED. ¡Cabalito!

RAFAEL. ¡Tan jóven!

FED. Treinta años; mi mujer tiene quince.

RAFAEL. ¡Es mi bella desconocida!

FED. ¡Bravo! caiste en el garlito.

RAFAEL. ¿Por qué?

FED. Si te casas con ella...

RAFAEL. ¡Ojalá!

FED. Tendrás suegra.

RAFAEL. ¡Ah! la abuela de tu mujer, no habia caido.

FED. ¡Já! ¡já!

RAFAEL. Si llegara el caso; matrimonio ausente, suegra de tercer grado, á Filipinas.

FED. Ya baja; tienen hecho un convenio, un tratado de alianza entre la abuelita, la mamá y la nieta: antes morir que separarse.

RAFAEL. ¡Demonio!

FED. ¡Ja! ¡já! ¡já!

RAFAEL. ¿Y está muy vieja la abuelita?

FED. Cincuenta y cuatro, bien conservaditos.

RAFAEL. Pues no transijo.

FED. Pues no te casarás; y amen de su buena salud, tiene á su lado á un médico, á un don Cleto Sangredo, autor de un jarabe, ó tisana que alarga la vida.

RAFAEL. ¡Ah! perro, yo acortaré la suya.

FED. Estoy en grande, chico; si te casas, uno mas para soportar los trabajos, tocaré á menos cantidad de suegra.

RAFAEL. ¡Voto al diablo! ¡cuando digo que soy muy desgraciado.

FED. No tienes una pizca de mundo; si me hallara en tu pellejo... si yo fuera sobrino de un ministro...

CLETO. (Á la puerta.) (¡Hola!)

FED. Decreto al canto: «en atencion á las justas razones que me han expuesto todos los yernos del universo, he venido en abolir la suegra »

CLETO. (No hay hombre sin hombre, este será el mio.) (Saliendo.

ESCENA VII.

FEDERICO, RAFAEL, D. CLETO.

FED. Señor don Cleto...

RAFAEL. ¡Cómo! ¡el médico!

FED. Voy á ver si acaba de salir mi mujer. (Váse.)

ESCENA VIII.

RAFAEL, D. CLETO.

CLETO. Servidor...

RAFAEL. Caballero, estoy enterado de las fechurias de usted.

CLETO. ¿De mis fechurias?

RAFAEL. Sí, señor, ¿quién le manda á usted confeccionar tisanas ó jarabes para alargar la vida?

CLETO. ¿Y eso?...

RAFAEL. Eso en el tiempo en que vivimos, es un crímen, caballero.

CLETO. ¡Un crímen!

RAFAEL. ¿Quién le manda á usted enmendar la plana á la naturaleza?

CLETO. Yo pensé...

RAFAEL. Si fuese al revés, para acortar la vida, ya se compren-

de: mas le luciria entonces el pelo.

CLETO. Estoy absorto.

RAFAEL. Ademas, eso estaria en armonia con la ciencia.

CLETO. Caballero, mis principios...

RAFAEL. Hay personas que estarian ya gozando de la presencia de Dios, ó del diablo, sin los cuidados de usted.

CLETO. Es un acto meritorio...

RAFAEL. Un acto meritorio que me proporciona la dicha de habérmelas con una suegra.

CLETO. No le comprendo á usted, seré muy torpe indudablemente.

RAFAEL. Acaso no sabe usted lo que es una suegra.

CLETO. Ni he tenido suegra ni mujer, caballero.

RAFAEL. Ya.

CLETO. Pero tengo otra desgracia, acaso mayor, y si me tomase la libertad... usted es amigo de don Federico y eso me alienta.

RAFAEL ¿Á qué?

CLETO. Señor, tres varones de mi noble familia, de los Sangredos, servidores de usted...

RAFAEL. Muy señores mios.

CLETO. Han prestado eminentes servicios á su patria.

RAFAEL. Habrán sido diputados; bien, ¿y qué? ¿se dormirian en las pajas?

CLETO. Perdone usted, eran médicos.

RAFAEL. Ya.

CLETO. Y vocales del Consejo de Sanidad del Reino.

RAFAEL. ¿Y á mí qué?...

CLETO. Yo, señor, poseo conocimientos, atesoro títulos; pero sin el favor...

RAFAEL. Ya: una recomendacion; ¡para eso estamos!

CLETO. ¡Cuán fácil le seria á usted, caballero, siendo sobrino del ministro...

RAFAEL. Ya corrió la noticia; bien, veremos. (Queda pensativo.) ¡Ah! ¡calla! ¡calla! Oiga usted, señor Sangredo, considérese usted desde este momento individuo del benemérito Consejo de Sanidad del Reino.

CLETO. Señor, voy á echarme á sus pies.

RAFAEL. Favor por favor; ¿cuántos años tiene usted?

CLETO. Cincuenta.

RAFAEL. Será usted capaz de un sacrificio.

CLETO. De todo.

RAFAEL. ¿Hasta de casarse?

CLETO. Hasta de eso.

RAFAEL. ¿Con quien yo le indique?

CLETO. Sí, señor.

RAFAEL. Pues bien; con la abuelita.

CLETO. ¡Ánimas benditas!

RAFAEL. Una novia de cincuenta y cuatro; poca es la diferencia.

CLETO. Pero, caballero, ¿cuáles son sus fines, sus proyectos?

RAFAEL. No me pregunte usted y responda categóricamente.

CLETO. Sí, señor.

RAFAEL. Muy bien, señor Sangredo; veo que nos entenderemos; pero oiga usted, una sola condicion exijo: no se casará usted con la abuelita, sin arrancarla antes...

CLETO. (¿Qué querrá este hombre que le arranque?)

RAFAEL. El consentimiento de separarse de su hija y de su nieta.

CLETO. Está muy bien; pero ¿aceptará mi mano?

RAFAEL. ¿Siendo mujer?

CLETO. Á su edad...

RAFAEL. La mujer es siempre mujer.

CLETO. No se hable mas.

RAFAEL. Pues, manos á la obra; declaracion al canto. (Llamando) ¿Muchacho? ¿no hay un criado?

CLETO. (Llamando.) ¿Juan?—Y mi nombramiento?...

RAFAEL. No faltará; eso es una bicoca. ¿Juan? ¿Juan?

JUAN. ¿Llamaba usted?

RAFAEL. El señor Sangredo desea hablar á la abuelita al momento. (El Criado sale por el fondo y se va por la izquierda.) Entre tanto voy... ya sabrá usted...

ESCENA IX.

CLETO.

No sé lo que me pasa: ¡yo declararme á doña Leoncia! me va á tirar los trastos á la cabeza. ¡Ánimo, vocal del Consejo de Sanidad del Reino! ¡qué gloria! Me tiraria

por un despeñadero por conquistarla; me casaré con doña Leoncia. Ya está aquí.

ESCENA X.

DOÑA LEONCIA, D. CLETO.

LEONC. Señor de Sangredo...

CLETO. Señora... (Pecho... á la vieja.)

LEONC. ¿En qué puedo complacer á usted, amigo mio?

CLETO. En mucho, señora.

LEONC. Celebro infinito...

CLETO. Venga usted acá.

LEONC. ¡Hola! ¡hola! ¿estamos contentos, por lo visto?

CLETO. Sentémonos un poco; conversemos como buenos amigos. (Se sientan.)

LEONC. ¡Vaya!

CLETO. Ha de saber usted, señora... (No me llega la camisa al cuerpo.) Á ver, á ver el pulso. (Se lo toma.) Muy bien, muy bien.

LEONC. Nada tiene de extraño, siendo usted...

CLETO. Sin embargo, señora, quisiera preparar á usted contra las emociones fuertes.

LEONC. ¿Voy á experimentar emociones fuertes, señor don Cleto?

CLETO. Acaso; así pues, oiga usted lo que oiga, vea lo que vea, no hay que sobrecogerse.

LEONC. ¡Válgame Dios!

CLETO. Calma, señora, calma; he hablado de emociones fuertes, pero cuando son agradables...

LEONC. Sí, sí; diga usted.

CLETO. Deseo revelar á usted un secreto, del cual pende mi vida.

LEONC. ¡Jesus!

CLETO. Usted vé, señora, mi acendrado afecto hácia su persona. Usted me ha visto prodigarle durante un año entero los cuidados del médico, las atenciones del amigo.

LEONC. Mucho, mucho.

CLETO. Pues bien, señora, soy un falsario.

LEONC. ¡Qué oigo!

CLETO. Esos afectos tiernos, esos sentimientos generosos, encubrian una mira egoista, escondian una pasion...

LEONC. ¡Señor don Cleto!

CLETO. Una pasion respetuosa, un... perdóneme usted, amor profundo.

LEONC. ¡Pasion! ¡amor! pero ¿á quién? ¿á quién?

CLETO. Calma, señora; tratándose de amor, no puede inspirármelo otra que usted.

LEONC. ¡Vírgen del Tremedal! (De pronto, con coqueteria.) Caballero...

CLETO. Un vago temor ha sellado mis labios tanto tiempo, pero el brillo de esos ojos, la... porque...

LEONC. (Se levanta y se mira á un espejo con coqueteria.) ¡Oh! (Vuelve á sentarse.) Señor de Sangredo...

CLETO. Hecha esta confesion, solo aguardo mi sentencia de esa boca... (sin dientes.)

LEONC. ¡Ay! yo no sé lo que me pasa: ¡yo inspiro amor! ¡yo soy amada!

CLETO. ¡Con ese amor respetuoso y santo!...

LEONC. ¡Jesus! ¡Jesus! pero una mujer de mi respeto no se aventura fácilmente... necesito saber... cómo usted, opuesto al matrimonio...

CLETO. Dios me ha tocado al fin en el corazon: á no ser por eso, la rama de los Sangredos se extinguiria en mí, y yo me prometo...

LEONC. ¡Ah! con que...

CLETO. Me ha comprendido usted.

LEONC. Fruto...

CLETO. De bendicion.

LEONC. ¿Y cree usted?...

CLETO. El ojo perspicaz del médico, no se equivoca.

LEONC. ¡Oh! vamos, hay dias felices, señor de Sangredo.

CLETO. ¿Y puedo esperar?...

LEONC. ¡Un sí!

CLETO. ¡Oh! ¡felicidad!

LEONC. ¡Oh! dicha. Mas... ¡Ah! ¡un óbice!

CLETO. ¡Un óbice!

LEONC. Sí, señor; usted sabe que mi marido, en paz descanse,

era intendente, y ya se vé... nosotras... las categorias, somos blanco y comidilla del vulgo, y si ven que desciendo... no es decir... pero si al menos ese título de vocal...

CLETO. Precisamente: el sabio gobierno que nos manda, no ha podido menos de tomar en cuenta mis... y acaso pronto...

LEONC. Con esa condicion...

CLETO. Ya que de condiciones hablamos, señora...

LEONC. Nada de señora.

CLETO. ¡Leoncia mia!

LEONC. ¡Querido Sangredo!

CLETO. Escuche usted la mia: no hay dicha sin independencia; para saborear la que nos aguarda... los dos solitos... porque al fin, el casado, casa quiere.

LEONC. Ya se vé, y nos evitaremos mil chinchorrerias.

CLETO. Establecidos en Madrid...

LEONC. ¡Magnífico! ¿y por qué no?

CLETO. Como existia esa alianza...

LEONC. ¡Bah! ¡bah! ¡bah!

CLETO. ¡Querida Leoncia!

LEONC. ¡Bendita sea tu boca! ¡Jesus! ¡le he tuteado á usted!

CLETO. ¿Te arrepientes?

LEONC. No, hijo mio; tú por tú, desde ahora.

CLETO. ¡Amor mio!

LEONC. ¡Cleto!

CLETO. Habla mas bajo, no hemos de dar un... cuarto al pregonero.

LEONC. Tienes razon, amor clandestino: ese era mi fuerte en mis tiempos!...

CLETO. No han pasado tus tiempos, Leoncia.

LEONC. ¡Qué palabras! ni la lluvia á los campos, ni el rocio á las flores...

CLETO. (Con misterio.) ¡Adios, adios!

LEONC. ¿Volverás?

CLETO. Suspirando.

LEONC. ¿Pronto?

CLETO. Muy pronto.

LEONC. ¡Ah!
CLETO. ¡Oh!

ESCENA XI.

DOÑA LEONCIA.

¡Adios, Serafin, adios! ¡ay! qué bien dijo el que dijo que el alma no envejece. Me siento revivir. ¡Ah! qué aparicion la de ese hombre; su primera receta, mató mi flato ardiente. ¡Oh! Cleto, Cleto, vuelve pronto á los brazos de la mas afortunada de las mujeres!

ESCENA XII.

DOÑA LEONCIA, DOLORES.

DOL. ¿De qué nace esa alegria, mamá?
LEONC. ¿De qué? Si lo supieras...
DOL. ¿Y por qué no?
LEONC. Porque hay inconvenientes. (Haciendo dengues y paseándose con desembarazo.)
DOL. ¿Qué es lo que pasa?
LEONC. Cuando menos se piensa...
DOL. ¿Le ha tocado á usted el premio grande?
LEONC. Cuando menos se espera, Dolores, llama la felicidad á nuestra puerta, y hoy se nos ha entrado de rondon en casa.
DOL. (¿Si lo dirá por el forastero?) ¿Y bien, mamá?
LEONC. Hija mia, ¿qué quieres? cuando pasan rábanos... ¿á qué está una?
DOL. ¡Bah! ¿tiene eso visos de formalidad?
LEONC. ¿Cómo que no?
DOL. ¿Cree usted que sí?
LEONC. ¡Vaya!
DOL. Hay que rebajar la mitad de lo que dicen los hombres.
LEONC. Pues te equivocas; me ha dicho...
DOL. ¿Habló con usted?
LEONC. ¿Que si habló conmigo? ¡já, já! se me ha declarado.
DOL. ¡Declarado!
LEONC. Declarado su amor, ¿estamos? (Haciendo dengues.)
DOL. ¡Mamá!

LEONC. No que no, hace un año...
DOL. (Pues, desde el viaje.)
LEONC. El pobrecito temia...
DOL. Pero eso es imposible.
LEONC. Poco á poco.
DOL. (¡Ah! Lo que yo sospechaba; si aquel hombre está loco.) Sí, señora, está loco.
LEONC. ¿Pues qué, yo?...
DOL. No digo eso, mamá, no digo eso; sino que es un botarate, un necio, un majadero, que quiere reirse de nosotras.
LEONC. Trátamele bien.
DOL. Porque lo merece, ¡si usted supiera!
LEONC. ¿El qué?
DOL. Á mí, á mí tambien, aquí mismo me hizo una declaracion y le ví de rodillas.
LEONC. ¡Ay!
DOL. ¡Fementido!
LEONC. ¡Ay, ay!
DOL. Mamá, por Dios.
LEONC. ¡Tengo un nudo en la garganta! ¡yo me muero! ¡socorro! (Cae en una silla.)
DOL. ¿Federico? ¿Mariana? (Llamando.)

ESCENA XIII.

DOÑA LEONCIA, DOLORES, FEDERICO, MARIANA.

MAR. (Corriendo.) ¡Abuelita!
FED. ¿Se ha puesto mala?
LEONC. ¡Me han asesinado!
MAR. ¡Jesus!
FED. Pero ¿quién? ¿qué sucede?
LEONC. ¡Le he de arrancar la lengua!
FED. ¿Á quién?
DOL. ¡Bien lo merece!
FED. No entiendo una palabra.
LEONC. ¡Soy una sierpe! (Se levanta.)
FED. (¡Gracias á Dios que lo confiesa!)

LEONC. ¡Mi mantilla, venga mi mantilla! le he de sacar los ojos. (Váse por la izquierda.)

ESCENA XIV.

DOLORES, MARIANA, FEDERICO.

FED. Estoy en babia: ¿á quién va á sacar los ojos?

MAR. Cuéntenos usted.

FED. ¿Qué sucede?

DOL. Sucede, caballero, que usted... (Con ira.)

FED. ¿Á que lo pago yo?

DOL. Tiene unos amigos que le honran.

FED. ¡Ah! cosas de Rafael; pero es bien extraño: se incomoda usted porque la ama?

DOL. Porque es un falsario, un miserable; porque ha venido á reirse de usted, y de nosotras. (Doña Leoncia sale desaforada por la izquierda, poniéndose la mantilla, y se va por el fondo.)

FED. Eso no, nadie se burlará de usted impunemente, le pediré una satisfaccion.

MAR. ¡Ay, Dios mio!

FED. Explíqueme usted...

DOL. Una burla sangrienta, caballero; despues que ese digno amigo de usted...

FED. Señora... (¿Las pullitas, eh?)

DOL. Despues que ese hombre sin vergüenza me declaró por burla ese amor que usted tiene la candidez...

FED. (¡Dále!)

DOL. De creer sincero, buscó á la abuelita...

FED. Ya; y le ha repetido sus pretensiones respecto á usted, cuando acaso le fué recomendado el secreto.

DOL. No es eso; le ha declarado su amor.

FED. Bien; el amor de él á usted.

DOL. El amor de él á ella.

MAR. FED. ¡Á la abuelita! (Asombrados.)

DOL. Á la abuelita.

FED. ¡Pobre amigo mio! ya me lo figuraba yo: loco de remate.

DOL. Loco, sí, señor; tambien le creí loco desde que le encontré solo arrodillado en ese sitio.

FED. ¿Tambien eso? ciertos son los toros! Desde que le ví contar tantos desatinos... que si un tren iba, que si otro venia, que si un inglés, que si una alcachofa, que él arrebata y usted se come... ¡Oh! la amistad me impone deberes sagrados; no le abandonaré, ¡pobrecillo! (Tira del cordon de la campanilla.)

MAR. ¿Qué vas á hacer?

FED. Llamar á don Cleto. (Se presenta Juan.) Corre, busca al señor de Sangredo; dile que ese caballero que acaba de llegar de Madrid necesíta sus cuidados; un poco ida la cabeza.

JUAN. ¡Loco! (Váse.)

FED. Retírese usted, mamá; tú tambien, querida; puede volver...

MAR. ¡Pobre caballero!

DOL. (¡Perdí la esperanza!) (Vánse.)

ESCENA XV.

FEDERICO, RAFAEL, poco despues.

FED. ¡Y yo, insensato, que contaba ya con despabilar una suegra! (Mirando á dentro.) Allí le veo; viene dando saltos de alegria. ¡Infeliz!

RAFAEL. (Sale ahora.) ¡Eh, Federico!

FED. ¡Amigo mio!

RAFAEL. Estoy loco, chico.

FED. (Ya lo confiesa.)

RAFAEL. De contento.

FED. Ya.

RAFAEL. En vista de tus ofrecimientos, he mandado subir el equipaje.

FED. Bien hecho.

RAFAEL. Lo singular del caso es que no se acordaba de mí, y á no ser por una circunstancia, por aquello de la alcachofa...

FED. (¡Adios! la alcachofa otra vez: vamos, es una idea fija.) ¡Rafael! ¡pobre Rafael!

RAFAEL. ¿Qué dices?
FED. ¡Me das lástima!
RAFAEL. ¿Por qué?
FED. (No conoce su estado.)
RAFAEL. ¿Quieres explicarte? ¿que te doy lástima?
FED. Sí, hombre, sí.
RAFAEL. No sé por qué
FED. Porque no se te cae de la boca esa hortaliza funesta.
RAFAEL. ¡Hortaliza funesta! ¿pues he nombrado yo los pepinos ó las setas?
FED. Peor, Rafael, peor; porque cuando se le mete á uno una alcachofa en la cabeza...
RAFAEL. ¿Qué es lo que dices? ¡una alcachofa en la cabeza! ¿has perdido la tuya?
FED. (No me comprende.) Cuando eso sucede, Rafael, y tropieza uno con una abuela, ¡zás! le espeta una declaracion de amor.
RAFAEL. Vamos, está loco.
FED. ¡Si eres tú, tú, infeliz! tú, que le has hecho el amor á la abuelita.
RAFAEL. ¡Yo!
FED. Tú, mira, si te vienen á la memoria... sean rellenas, en guisantes ó en menestra, no hagas caso, hombre, no hagas caso de las alcachofas.
RAFAEL. ¿Sabes, Federico, que tiemblo por tí, por tu razon?
FED. Si eres tú el que la has perdido, pero con suerte, porque la casualidad te ha traido á Toledo.
RAFAEL. ¡Que yo me he declarado á la abuelita!
FED. ¿Quieres que te lo repitan en coro? ¿Mamá? ¿Mariana? (Llamando.)

ESCENA XVI.

RAFAEL, FEDERICO, DOLORES, MARIANA. Se presentan con timidez.

FED. El pobrecillo no recuerda... está en babia; dígale usted su paso con la abuelita, díselo tú.
MAR. Sí, señor, sí; le declaró usted su amor.
DOL. Igual que á mí.
FED. ¿Lo ves? ¿quieres mas testigos?

RAFAEL. Me van á volver loco.

FED. No te asustes. ¡Cuánto tarda don Cleto! Iré á buscarle. ¡Ah! enséñale el cuarto que le hemos destinado. (*Á Mariana.*) Con vistas al jardin; (*Á Rafael.*) aquel aire te hará provecho. (*Ap. á Mariana.*) (En viéndole dentro, vuelta á la llave.)

MAR. Venga usted.

DOL. Le conduciremos...

RAFAEL. Pero, señoras...

FED. ¿Te niegas á seguirlas cuando te lo suplican? ¿Tú, el mas cumplido caballero? ¿qué mayor prueba de que tu razon?...

DOL. Por aquí.

MAR. Vamos, vamos.

RAFAEL. Anda, hombre. (*Le empuja, y Dolores y Mariana se lo llevan cada una de una mano, con miedo, pues le creen loco.*)

ESCENA XVII.

FEDERICO, D. CLETO.

FED. ¡Y ese hombre no viene! (*Al dirigirse á la puerta, sale Don Cleto.*) ¡Ah!

CLETO. Acaban de decirme...

FED. ¡Qué desgracia! ¡mi mejor amigo!

CLETO. ¿Y qué síntomas se han observado?

FED. Los mas extraños. Llega á Toledo, entra aquí de rondon, y sin mas ni mas espeta á mi suegra una declaracion de amor á quemaropa.

CLETO. Hasta ahí no va mal.

FED. Se aparta de Dolores, y la emprende... ¿con quién dirá usted?

CLETO. ¿Con su mujer de usted?

FED. ¡Un demonio!

CLETO. ¿Con la cocinera?

FED. Con la abuelita.

CLETO. ¡Dios de Israel!

FED. ¿Qué tal?

CLETO. ¡Loco, loco de atar!

FED. Ya lo sabia yo.

CLETO. ¡Mi gozo es un pozo!
FED. ¿Cómo?
CLETO. ¡Me habia prometido el nombramiento de vocal!
FED. Era un bello sujeto.
CLETO. Á condicion de que me casase con la abuelita y me la llevase.
FED. ¡Calla! ¡qué proyecto! cuando pensó eso no estaba loco todavia.
CLETO. Discurria admirablemente.
FED. Yo lo creo, cuando se discurre contra las suegras, se discurre siempre bien. ¡Qué lástima de hombre! ¡era un genio! (Ya le tenia administrado un remedio de tercer grado.) Y ¿habia usted dado algun paso, señor don Cleto?
CLETO. Todo estaba corriente: se hallaba dispuesta á seguirme.
FED. ¡Ah!
CLETO. Pero si ese hombre ha perdido el caletre, todo se viene abajo.
FED. ¡Me va á costar la vida este disgusto! Pero, señor, la medicina... Le verá usted, voy á prevenirle, vengo al instante.

ESCENA XVIII.

D. CLETO, despues DOÑA LEONCIA.

CLETO. ¡Ya tenia asida entre mis manos la rueda de la fortuna! ¡Miserable de mí! ¡vocal del Consejo de Sanidad! .. ¡no lo seré jamás, no! no! no! ¡Si ese gobierno!...
LEONC. (Con mantilla puesta. Vá á cruzar el teatro y vé á D. Cleto.) ¡Cómo! ¡él mismo viene á enredarse entre mis uñas!
CLETO. (Sorprendido.) ¡Señora!
LEONC. ¡Todo se sabe!
CLETO. ¡Leoncia!
LEONC. ¡Deje usted ese lenguaje!
CLETO. ¡Doña Leoncia!
LEONC. ¡Falsario!
CLETO. ¡Á qué viene esto?
LEONC. ¡Enredador!
CLETO. No adivino...

LEONC. ¡Badulaque!
CLETO. (¡Si estará tambien loca!)
LEONC. ¡Bien hacia usted en prevenirme contra las emociones fuertes, y... agradables!
CLETO. Señora, yo...
LEONC. ¿Era este el fruto de bendicion que usted me prometia?
CLETO. Sostengo mi palabra.
LEONC. ¡Engañarme, trastornarme la cabeza!
CLETO. ¿Yo?
LEONC. Sí, señor, ¡arrodillado!...
CLETO. ¿Arrodillado?
LEONC. Arrodillado estaba usted.
CLETO. ¡Ah! (Es que me han visto en la iglesia esta mañana.) Pues, sí, señora, ¿y eso qué?
LEONC. ¡Lo confiesa!
CLETO. Como buen cristiano.
LEONC. ¡Esa es accion de turco!
CLETO. ¡El arrodillarse! señora, soy cristiano viejo, y si yo hubiera sabido que usted habia renegado...
LEONC. Usted será el renegado!
CLETO. Señora, me voy hartando: no sé lo que usted pretende.
LEONC. ¡Á mi hija!... ¡á mi hija le ha declarado el amor!
CLETO. ¿Yo?
LEONC. Sí, señor.
CLETO. Señora, hoy se va á llenar el hospital de locos.
LEONC. Fiarse de los años: ¡baboso! ¡mal caballero! ¡mal hombre! ¡perverso!

ESCENA XIX.

DOÑA LEONCIA, D. CLETO, FEDERICO.

FED. ¡Qué oigo! ¡abuelita!...
LEONC. ¡Déjame en paz!
FED. ¿La ha ultrajado usted, caballero?
CLETO. Le juro, señor don Federico...
LEONC. ¡Le he pillado en un gatuperio!
FED. ¿Esas tenemos?
LEONC. Con mi propia hija! declaró á la
FED. (Pues, ha tomado la revancha: el otro se ~~fué á meter~~

con la abuela, y él...) ¡Bravo, señor don Cleto, es usted hombre que lo entiende.

LEONC. ¡Cómo, ¿tú tambien?

FED. Digo, es usted un... don Cleto. ¡Levantar de cascos, sacar de madre á una pobre señora!...

CLETO. Palabra de honor...

FED. ¡Es una iniquidad, una infamia!

CLETO. Cuando digo...

FED. Le pediré una satisfaccion.

LEONC. Eso, eso.

FED. Vaya usted á su cuarto, abuelita, ¡yo le compondré!

LEONC. ¡No me marcho!

FED. ¿Se olvida usted del último ataque?

LEONC. ¡Ay! ¡este hombre me ha muerto! si me da voy á quedarme en él!

FED. Á dentro, á dentro y... flores cordiales, calaguala; yo vengaré este agravio.

LEONC. ¡Ay!... ¡el hipo!

FED. ¡El hipo! ya andará cerca el flato ardiente; magnesia, abuelita, magnesia; allí está el bote.

LEONC. ¡Qué será de mí! ¡qué será de mí! (Váse.)

ESCENA XX.

D. CLETO, FEDERICO, despues RAFAEL.

FED. (Este la mata: al fin, médico.) Vamos á cuentas: es esto regular?

CLETO. No me hable usted.

FED. ¡Enterrar á esta pobre señora! (¡Habrá enterrado tantas!) ¡Á sus años enamorando á diestro y siniestro!

CLETO. ¡Oh!

FED. Ha herido usted en lo mas vivo al hombre que se habia declarado su protector. (Rafael aparece á la puerta.)

RAFAEL. (¿Qué dice?)

FED. Que le hubiera colocado en el pináculo, en el Consejo de Sanidad. Son chanzas pesadas, sabiendo usted que mi amigo amaba á esa señora, ¡irla á enamorar!

RAFAEL. (Saliendo.) ¿Qué oigo!

FED. ¡Rafael!

RAFAEL. Trabajo me costó convencerlas. ¿Qué estabas diciendo?

FED. Nada, nada.

RAFAEL. ¡Oh! sí. ¿Con que?...

FED. Ya que lo sabes... tomó la revancha. (D. Rafael y Federico se disputan el acometer á D. Cleto sin dejar de proseguir el diálogo; D. Cleto se aparta á su vez de delante de ellos.)

RAFAEL. ¡Caballero!

FED. ¡Si no mirara!...

RAFAEL. Si no respetara sus años!...

FED. ¡Viejo verde!

RAFAEL. ¡Carcamal!

CLETO. (Despues de apretar los puños y mirar alternativamente á los dos.) ¿Hay mas injurias que lanzar sobre mí?

RAFAEL. ¿Levanta usted el gallo?

FED. ¿Sale de sus casillas?

CLETO. (Se para.) Levanto el gallo, salgo de mis casillas, y estoy dispuesto á romperme la crisma con cualquiera, ¡ea!

FED. ¡Qué insolencia!

CLETO. Ya lo sabe usted; amo á esa señora, la adoro, la idolatro, ¿y qué tenemos? (Poniéndose en jarras.)

ESCENA XXI.

FEDERICO, RAFAEL, CLETO, DOLORES, MARIANA.

DOL. ¿Qué voces?...

CLETO. (Viendo á Dolores. Colérico.) Me alegro de verla á usted, señora, porque cuando me pinchan, tengo peores intenciones que un toro salamanquino. ¿Lo entiende usted? (Á Rafael.) Á ver si acabamos.

DOL. ¿Qué es lo que dice?

CLETO. Digo, señora, que ese amor recalcitrante que le he declarado á usted de rodillas, es ya público y notorio en el barrio y la ciudad; así, pues, ya no hay por qué ocultarlo; la amo á usted, y vuelvo á caer de rodillas á sus plantas. (Se arrodilla.)

ESCENA XXII.

DICHOS, DOÑA LEONCIA.

LEONC. ¡Infame! (Corre hácia D. Cleto.)
FED. ¡Se desplomó la casa!
RAFAEL. ¿Conque es cierto? (Va hácia D. Cleto y le detiene Federico.)
DOL. ¿Pero, qué amor?...
LEONC. ¡Hazte de nuevas!
DOL. Mamá.
LEONC. ¡Tambien me engañas!
DOL. Yo, no.
LEONC. Tú, porque antes como ahora, estuvo arrodillado á tus pies.
DOL. Antes, no.
LEONC. Tú lo dijiste.
DOL. Si yo me referia á este caballero.
RAFAEL. Al caballero de la alcachofa.
LEONC. ¡Cómo!
DOL. De quien usted me dijo que se le habia declarado.
LEONC. Yo me referia á don Cleto.
CLETO. ¿Lo ven ustedes?

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, JUAN.

JUAN. (Alargando un pliego á D. Cleto.) Un parte telegráfico.
CLETO. ¿Para mí? (Le abre y lee rápidamente.) ¡Ah! vocal! ¡yo vocal del Consejo! ¡Viva el gobierno! (De pronto arrodillándose delante de Mariana.) Señora, mi amor...
FED. ¡Cómo!
CLETO. ¡Ah! (Enmendando su equivocacion.) Leoncia...
LEONC. Hijas mias, acabó la alianza, mi futuro marido lo ordena; vamos á establecernos á la córte.
RAFAEL. Imite usted, señora, tan noble ejemplo, y en Cádiz... (Se arrodilla delante de Dolores.)
DOL. Ya que mamá...
RAFAEL. ¡Soy feliz!
FED. (Pasaron al tercer grado.) ¿Conque no solo nos arreba-

tan á la abuelita, sino tambien á mamá? No lo consiento. (Se enjuga las lágrimas con el pañuelo.)

MAR. (¡Qué pícaro!)

RAFAEL. Ya te escribiremos á menudo! No llores.

FED. Me conformo.

(Al público.) Pasar la pena negra,
me has visto con la suegra y contra-suegra.

RAFAEL. Aplico mis recetas, y, en un punto,
te libro de las dos medio difunto.

FED. ¿Cómo pago merced tan señalada?

RAFAEL. Dándome el premio tú de una palmada.
(Al público.)

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 8 *de Noviembre de* 1862.

El censor de teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.



COMEDIAS Y DRAMAS ORIGINALES DEL MISMO AUTOR.

NO SIEMPRE EL AMOR ES CIEGO. En tres actos y en verso.
EL TOQUE DE ORACION. Drama en tres actos y un prólogo.
DOS ESPAÑOLES EN FLANDES. Id. id. id.
AGUSTIN DE ROJAS. En tres actos y en verso.
¡CUÁNTO VALE UNA LECCION! En tres actos y en verso.
JUZGAR POR LAS APARIENCIAS. [1] En tres actos, en prosa y verso.
LA DIPLOMACIA. En tres actos.
LA CRUZ DE LA TORRE BLANCA. [2] Drama en tres actos, en verso.

PIEZAS EN UN ACTO.

¡ELLA ES!
CASUALIDADES.
LOS ENCANTOS DE LA VOZ. [3]
EL BIEN Y EL MAL.
EL DESTINO.

CAPITANES ILUSTRES. Obra biográfica y bibliográfica.
LA PLUMA Y LA ESPADA. Id. id.
MEMORIAS DEL AYUDANTE ALVAREZ.
UNA Y TRES. Novela.
MEMORIA DEL TEATRO REAL DE MADRID.

---

1 En colaboracion con D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
2 Id. con D. Gregorio Romero Larrañaga.
3 Id. con D. Francisco Navarro Villoslada.